

La luz de la Reina

Lumen

Reinado 
de María

Reginae

N.50-JUNIO 2024

La madre le enseñó a rezar
VICTORIAS DE MARÍA

San Ireneo de Lyon
TESTIGOS DE
LA INMACULADA

**«Venid a mí todos los
que estáis cansados...»**
REINADO DE CRISTO

“JESÚS QUIERE
ESTABLECER EN
EL MUNDO LA
DEVOCIÓN A MI

*Inmaculado
Corazón”.*

(SEGUNDA APARICIÓN DE
NTRA. SRA. DEL ROSARIO DE FÁTIMA)





Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 50
Junio 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

«Toma al Niño y a su Madre...»



07

ALMA MARIANA

María, epifanía de Cristo



08

VICTORIAS DE MARÍA

La madre le enseñó a rezar



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Ireneo de Lyon



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Quinto mandamiento



14

TOTUS TUUS
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La Esperanza de María



16

REINADO DE CRISTO

«Venid a mí todos los que estáis cansados...»

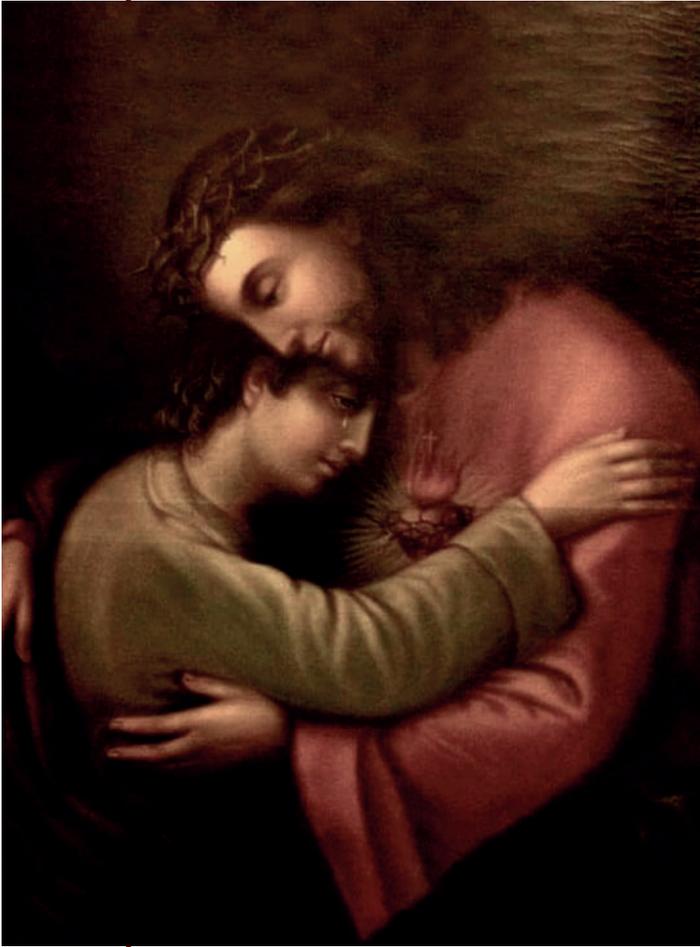


18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en el hombre vivo





UN Corazón QUE AMA

El corazón humano tiene un anhelo infinito de amar y de ser amado. Para satisfacer esa necesidad de amor y de ternura acampó entre nosotros el Corazón de Cristo en la tierra y se quedó hecho Eucaristía en los sagrarios.

Gracias a la Bendita María, que le prestó su carne para hacerse hombre.

Podemos acercarnos a Él, seguros de que allí palpita un Corazón que nos ama como nosotros tenemos necesidad de ser amados: un Corazón que ama como ama un hermano y un amigo, como ama un padre o un esposo, como ama una madre, ¡como ama todo un Dios!

Gracias a la Bendita María, de Inmaculado Corazón.

¿Acudimos a Él con confianza y abandono, sabiendo que ahí —y no en otra parte— está lo que necesitamos en todas las ocasiones de la vida? No busquemos cisternas agrietadas que no sacian...

¡Qué consolador es contar con un Corazón como el Suyo, que perdona a la mujer adúltera y a la Magdalena, que no apaga la mecha humeante, ni quiebra la caña cascada, que no desprecia el corazón contrito ni humillado, porque sus misericordias no tienen número, porque su amor es omnipotente para borrar todas

las manchas y perdonar todos los crímenes y disculpar todas las flaquezas! ¡Cómo no desear estar muy dentro del único Corazón que así nos ama! Sacemos su sed de ser amado, dejándonos amar.

Que María nos haga entregar nuestro espíritu a Jesús. El Corazón de María es el altar del Hijo.

Desde el sagrario, el Corazón de Jesús grita: ¡Tengo sed de amor! ¡Tengo sed de ser deseado, de ser querido, de ser amado! Sacemos la sed de Jesús. Él busca almas que, desde su pequeñez, quieran saciar esa sed ardiente de ser amado.

Para eso el Reinado de María. Para eso nuestra consagración al Inmaculado Corazón de María. Para que Ella reine en el corazón de todos los hombres. Ella procura el encuentro de cada uno de sus hijos de este mundo con su Divino Hijo, fuente de eterna salvación: *De sus entrañas manarán torrentes de agua viva*: de sus entrañas, de su Corazón. Cristo es el agua viva que da la vida, que sana todo lo que toca, que recrea.

MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«Toma al Niño y a su Madre...» (Mt 2, 13)



«**T**an pronto como se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. Él se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, se fue a Egipto... Al morir Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel”». (Mt 2,13-14.1 9-20)

El pasaje evangélico se nos presenta con descarnada dureza. Jesús, María y José no son más que simples prófugos, personajes marginados pertenecientes a la cadena ininterrumpida de las víctimas del poder que, durante todos los siglos, se ven forzadas a vagar por tierras inhóspitas, desiertos, ciudades extrañas y hostiles. Se derrama por la escena la sangre de los inocentes, sobre la cual pende el espectro sanguinario del opresor. Ya desde la tierna infancia, Jesús es colocado con su madre en la fila de los últimos. Es cierto que Mateo cita a Oseas 11,1 («De Egipto llamé a mi hijo»), mostrando que en Jesús se realiza en plenitud la profecía: no

es sólo hijo de Dios en sentido lato como el Israel del Éxodo, lo es en sentido pleno. Y, sin embargo, es un Dios débil que planta su tienda en los campos de prófugos, entre las «favelas» de la miseria. Es un Dios que escoge ser más pobre que sus criaturas porque ((las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8,20).

Cuando este Niño crezca, tendrá la valentía de proclamar: «*Dichosos los perseguidos por ser justos, porque de ellos es el reino de Dios... ¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestra consolación! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!... ¡Ay de vosotros cuando os alaben todos los hombres!*» (Mt 5,10; Lc 6,24-26). Dios es impotente y débil en el mundo. Cristo no nos ayuda sólo en virtud de su omnipotencia sino en virtud de su sufrimiento. La vida de María —desde el inicio hasta el fin— se caracteriza por la proximidad a los pobres, en un compartir real y no sólo de palabra.

Junto al sufrimiento de María y de José, San Mateo sitúa de inmediato el grito de otras madres, las madres de los inocentes masacrados por Herodes. Es «*un gran llanto y lamento*», como el de Raquel, la madre de Benjamín, muerta mientras daba a luz a su hijo (Gn 35,16-20) —en las afueras de Belén, según la tradición— y que el profeta Jeremías presenta vestida de luto y en lágrimas por la destrucción de Jerusalén y por la muerte de los hijos de su nación (31,15). Mateo evoca ese lamento cuando describe el llanto desesperado de las madres de Belén cuyos hijos son ajusticiados por Herodes. En esas pequeñas víctimas sin culpa están representados todos los incontables inocentes exterminados de todas las formas posibles, cuyos nombres no serán nunca registrados en los archivos

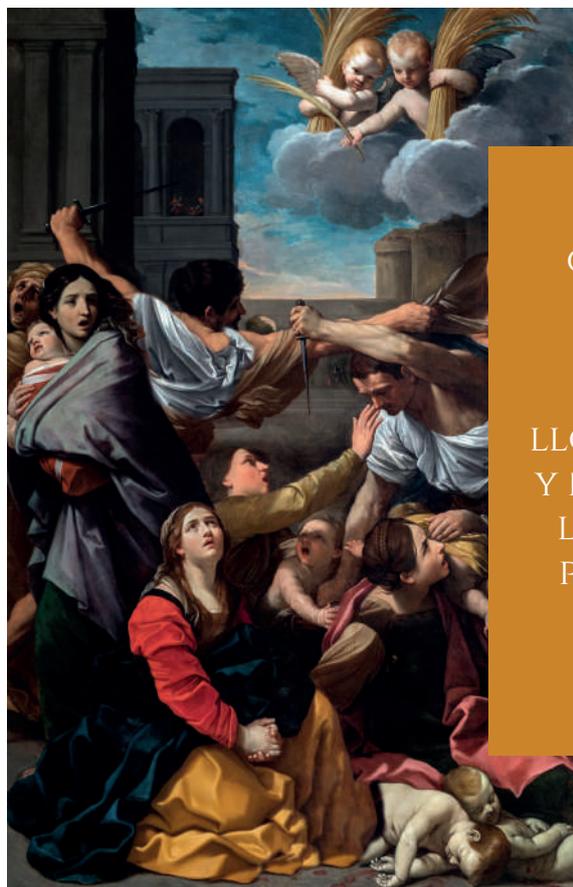
de la historia sino únicamente en el «libro de la vida» de Dios. Y de manera especial, mencionamos a los millones de niños abortados. Frente a ellos camina María, «reina de los mártires». Junto a Jesús se agolpan las multitudes de las víctimas aplastadas por el inmenso grupo de los conocidos o menos conocidos Herodes de cada época. Junto a María, por su parte, se agrupan las multitudes de las madres que lloran la muerte de sus criaturas por hambre, o por causa de la violencia y de la guerra y que a Ella, «madre dolorosa», confían sus ingentes sufrimientos para que los consuele y haga que florezcan en Dios.

Tras la muerte de Herodes, la llamada del ángel propicia que Jesús, María y José regresen a su región, estableciéndose en un modesto poblado de Galilea, Nazaret, totalmente desconocido para el Antiguo Testamento («*¿De Nazaret puede salir algo bueno?*», exclama Natanael en Jn 1,46). San Mateo concluye así el relato: «Y

fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret para que se cumpliera lo que habían anunciado los profetas, que sería llamado Nazareno» (2,23). Un centro ignorado pero atestiguado por los profetas, esperado, por consiguiente, por la Antigua Alianza.

El sonido «Nazaret» puede remitir a la palabra *nazir*, una persona que se consagraba a Yavé con el voto de abstenerse de las bebidas alcohólicas, del corte del cabello y de la impureza ritual. Nazaret evoca, por consiguiente, la consagración total de Cristo a Dios, llamado precisamente el «Santo de Dios» (Mc 1,24; Lc 1,35; 4,34; Jn 6,69). La palabra «Nazaret» puede referirse también al término mesiánico *naser*, «brote», «germen» (Is 11,1.); se recordaría entonces, que Jesús es el Mesías esperado, señal de vida divina en un mundo muerto.

Un poblado insignificante se convierte en la sede de la vida oculta y cotidiana de aquel que es enaltecido «por los profetas». Arranca aquí



“EN RAMÁ SE OYE UNA VOZ, LÁGRIMAS Y GEMIDOS: ES RAQUEL QUE LLORA A SUS HIJOS Y NO QUIERE QUE LA CONSUELEN PORQUE YA NO EXISTEN”.
(MT 2,18)

para Jesús y su Madre la secuencia de las horas, meses y años monótonos que transcurre en un ámbito de provincias, dentro de una existencia rutinaria sin revelaciones ni epifanías solemnes de Dios. Y, sin embargo, para los planes divinos resulta trascendente también la estancia en Nazaret.

De esos días así transcurridos en la normalidad Jesús extraerá, como de un precioso repertorio, el material simbólico que empleará para describir el reino de Dios: trigo y cizaña, mostaza y lirios, higos y vides, comercio y fraudes, peces puros e impuros según las reglas alimenticias judías, aves y serpientes, padres e hijos, dramas familiares y alegrías... Nazaret pasa a ser el signo de la presencia oculta de Dios en las cosas pequeñas, de la palabra divina velada tras los despojos humildes de la vida sencilla.

La existencia nazarena es modesta y pobre, pero si es vivida con fidelidad y amor como Jesús, María y José, se inserta en el proyecto divino. No es casual que en los últimos versículos del evangelio de San Mateo la región de Galilea, lugar de la infancia y de la juventud oculta de Jesús, se convierta en el escenario de la grandiosa aparición pascual de Cristo resucitado y glorioso (Mt 28,16-20). Porque, como sucede en el *Cantar de los Cantares*, quien tiene el corazón enamorado sabe transformar incluso el monótono aburrimiento del descolorido desierto cotidiano en una primavera luminosa.

De la mano de María y José, peregrinos y prófugos, aquilatemos también nuestra fe: en ese niño, que parece defraudar todas las expectativas de éxito, se nos invita a creer como Salvador de la historia. San Juan Crisóstomo, en su Comentario a este Evangelio, observa: «El ángel se apareció no a María, sino a José y le dijo: “Levántate, toma al Niño y a

su Madre”. Al escuchar la invitación a huir, José no queda desconcertado. No replica al ángel argumentando que aquella fuga le resultase enigmática, siendo así que poco antes el mismo ángel le había anunciado que el Niño se convertiría en el Salvador del pueblo, cuando, a simple vista, en este momento no parecía capaz ni tan siquiera de salvarse a sí mismo. Aquella huida, aquel viaje y aquella larga emigración, ¿acaso no estaban en contradicción con la promesa que el mismo ángel le había hecho? Pero José no dijo nada de todo esto porque era un hombre de fe. No mostró tampoco curiosidad por conocer el tiempo del regreso, pese a que el ángel no se lo había precisado en absoluto, pues había dicho genéricamente: “Estate allí hasta que yo te avise”. Por el contrario, José demuestra un celo vivo: escucha, obedece y soporta con alegría todas las pruebas» (VIII, 25).

Que la Virgen nos enseñe el gusto por la sencillez. Repitamos la oración del padre L. de Grandmaison:

DAME UN CORAZÓN DE NIÑO

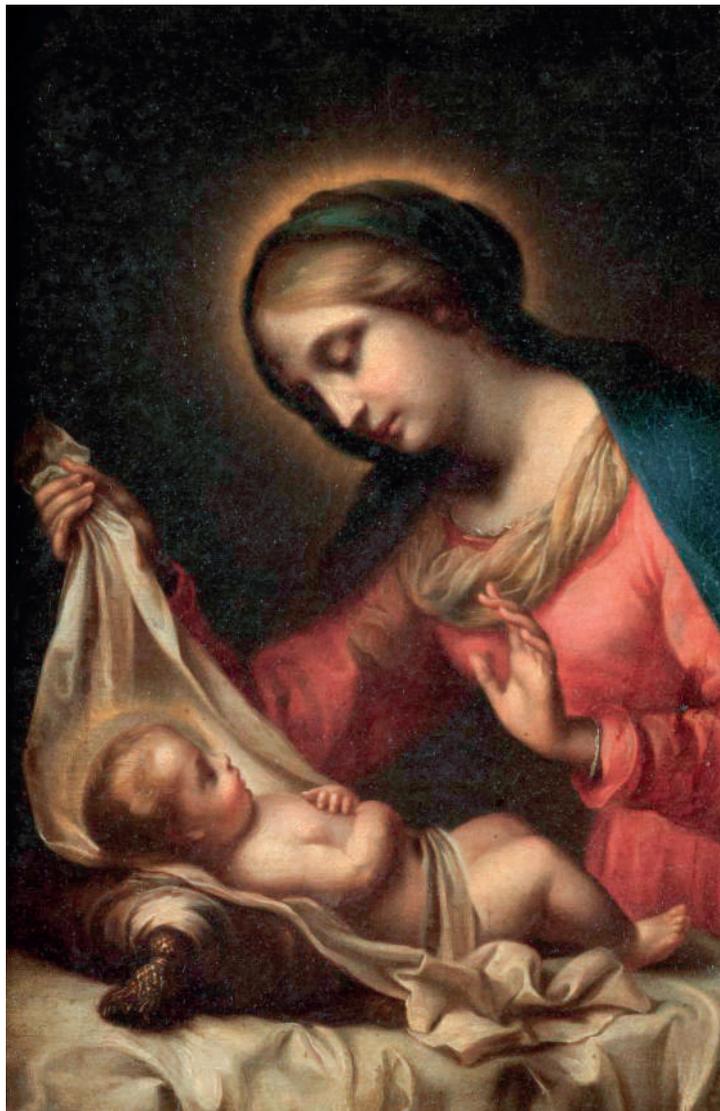
«Santa María, Madre de Dios; consérvame un corazón de niño, puro y transparente como un manantial; dame un corazón sencillo que no rumie sus tristezas; un corazón magnífico para la entrega, tierno para la compasión; un corazón fiel y generoso que no olvide ningún bien ni guarde rencor por ningún mal.

Dame un corazón manso y humilde, amante sin exigir retorno, gozoso de borrarse en otro corazón delante de tu Hijo Jesús: Dame un corazón grande e indomable que ninguna ingratitud cierre y ninguna indiferencia canse; un corazón atormentado por la gloria de Jesucristo, herido de su amor con una llaga que sólo se cierre en la eternidad. Amén».



María, EPIFANÍA DE Cristo

En la antiquísima profesión de fe, llamada «Símbolo Apostólico», el cristiano proclama que Jesús nació «de» la Virgen María. En este artículo del «Credo» están contenidas dos verdades esenciales del Evangelio: La primera, Él quiso ser concebido, permanecer nueve meses en el seno de la Madre y nacer de Ella de modo virginal. La segunda es que la concepción de Jesús en el seno de María sucedió por obra del Espíritu Santo, es decir, sin colaboración de varón. En este contexto dogmático es fácil ver cómo la Maternidad de María constituye una epifanía nueva y totalmente característica de Dios en el mundo.



Nos dice el P. Molina:

«Toda acción de Dios en el mundo tiene solo un sentido: establecer la soberanía de Dios y, mediante ella, la plenitud de la felicidad para el hombre.»

Y la acción de Dios en el mundo tiene un término, un blanco al que apunta: Cristo. En Cristo apareció ya Dios soberano del mundo. En Cristo, Dios reina en el hombre. Y Cristo nació de la Virgen María.

No entenderás a María si no entiendes a Cristo. Cristo es todo para engendrar salvación en el hombre. María es el vientre fecundo en el que Cristo hace esa salvación. Por eso María es la vencedora de todas las herejías.

María está total y completamente sumergida en Cristo. María es la epifanía de Cristo, su manifestación. En María brilla Cristo en todo su esplendor. María es reflejo de Cristo, síntesis gráfica de Cristo y, por lo mismo, María refleja a la Iglesia, es síntesis de cómo Cristo quiere a su Iglesia.

María es reflejo doble: me lleva a mí y lleva a Cristo; lleva a Cristo y a la Iglesia.

Contemplar a María es contemplar a Cristo pues Cristo nace de Ella; y es contemplar a la Iglesia pues es Madre de la Iglesia.

María es la imagen perfecta del hombre redimido por Cristo. En Ella conozco el cambio obrado en el hombre por Cristo. María es la

imagen perfecta del hombre nuevo creado por Dios en Cristo Jesús.

¿Quieres conocer tu dignidad, tu excelencia?: Mira a María.

La civilización actual desacralizada, profanizada ha puesto al hombre en inseguridad. El hombre de hoy vive la inseguridad, ha caído en la inseguridad. Se ve amenazado por todas partes y desde todas partes, se ve sumergido en una vida sin sentido.

María es esa figura modelada por Dios como salvación para el hombre de todos los tiempos y también para el de hoy. Para el hombre de hoy María es seguridad, es pleno sentido de la vida. María es la mujer segura de sí misma, la mujer que llenó su vida de sentido».



La madre le enseñó a rezar

El P. José-Julio Martínez fue un jesuita que escribió numerosos artículos y libros, entre ellos, *El drama de Jesús*. Fue destinado a la Universidad de Deusto para dirigir la revista *El mensajero del Corazón de Jesús*. Allí publicó esta conmovedora historia en la que recoge los recuerdos de su propia experiencia.

«Os relato una historia ocurrida en septiembre de 1939, recién iniciadas en Bilbao mis labores sacerdotales.

El P. Francisco Javier Maruri solía ser llamado a la cárcel cuando había de ser ejecutada una sentencia de muerte: “Es un ministerio

impresionante —comentaba una tarde conmigo—: cuando ves que uno rechaza el perdón de Dios sientes mucha pena; pero... ¡qué consuelo cuando se arrepiente con sinceridad, y confiesa y comulga, y te deja con la esperanza de que se ha salvado!”.

Me añadió que alguno de los sentenciados suele pedir al sacerdote que escriba una carta a su familia o le confía algún otro encargo. Por eso le dije: “Si puedo serle útil en ese ministerio, cuente conmigo”.

Pocos días después ya estábamos entrando en la cárcel el P. Francisco Javier y yo, pues le habían avisado que eran dos los sentenciados a pena capital y él prefería que cada uno tuviera su confesor y confidente propio para que fuera atendido

sin prisa en todo lo que quisiera decirle o pedirle.

Me encontré en una habitación con sillas en los ángulos y distancias suficientes como para mantener dos conversaciones sin estorbos mutuos. Indiqué a los guardianes que viniera el reo. Este entró despacio y se quedó inmóvil, mirando al pequeño altar adosado a una de las paredes, como si preguntara para qué le habíamos llamado. Yo me acerqué a él con la mano tendida en ademán de saludo amistoso.

Aquel hombre se me acercaba callado, serio, con la mirada vuelta hacia la pared. Y en aquel momento ¡con qué claridad revivió en mi memoria una idea, y con qué vehemencia una súplica! La idea brotaba de mis recientes estudios de Teología: nos salvamos porque Nuestro Señor Jesucristo ha realizado la redención de todos; y todos podemos colaborar, con la oración, con el sacrificio, con el cumplimiento fiel del quehacer diario, a la *aplicación* de los méritos redentores de Jesús *en favor de los demás*. Ese es el dogma sublime, intensamente consolador, que llamamos la *comunión de los santos*. Ayudo y soy ayudado, en mi camino hacia la felicidad que nunca se acaba. Dios conoce a los que me ayudan, y Él los premiará. Conoce también a los que debo ayudar con mi vida cristiana: los confía a mi participación en la obra redentora de Jesús; me los entrega. Yo no sé si los conoceré algún día o si nunca me encontraré con ellos durante la vida presente; pero rezo por ellos desde ahora: son *los que me ha confiado el Padre*; son los míos, y... ¡ojalá pueda yo consumir mi sacerdocio sobre la tierra, exclamando como Jesús: “Padre, no he perdido a ninguno de los que tú me has dado”.

Esta vivencia del dogma y esta súplica vehemente me traspasaban el alma cuando, en mi primera

actuación sacerdotal ante la muerte, yo tendía la mano a un hombre que dentro de seis horas iba a ser condenado a muerte. Y recuerdo bien que las formulé con interiores palabras rapidísimas: “Es uno de los míos, Señor... ¡Que no se me pierda!”.

Como quien no tiene otro remedio, y con ademán de hombre ausente, también él me tendió la mano: yo se la estreché; le acerqué hacia las sillas y nos sentamos los dos. Primero, unos saludos, un preguntarle su nombre, unas frases intrascendentes, a las que él respondía con monosílabos, con pausas en silencio. Renové mi ruego interior: “¡Dios mío, que no se me pierda, que es uno de los míos!”..., y procuré elevar la conversación al plano de lo trascendente, diciéndole que me hacía cargo de que se encontraba en un momento decisivo de su vida, próximo a encontrarse con Dios, que es nuestro Padre, que nos quiere mucho, que siempre nos perdona y nos espera... Hice una pausa y le añadí que yo había venido para acompañarle un ratito, para ayudarle en cuanto me fuera posible, para que se sintiera en paz, tranquilo...

Al oír esta palabra, dejó de mirar a la pared; se volvió hacia mí y pronunció su primera frase: “Estoy muy tranquilo”. Retornó a su mutismo y a poner su mirada en la pared.

Yo respeto su silencio durante algunos instantes y después le digo que es admirable estar tranquilo en los momentos difíciles de la vida; es prueba de tener voluntad firme. Le añado que la tranquilidad es verdadera y durable cuando proviene de vivir en paz con Dios, de haber recibido el perdón de nuestros pecados. Me mira y me dice su segunda frase: “Yo no tengo pecados”. Sigue un silencio y sigue más intensa mi súplica interior: “¡Dios mío, que no se me pierda, que es de los que Tú me has dado!”

Experimento el temor de caer en un fracaso irremediable; pero a la vez recuerdo que, desde hace muchos días, yo rezo por aquellos que el Padre me ha dado, aunque no los conozco. Y ahora mismo me encuentro junto a uno de ellos, a dos pasos de su muerte: “¡Que no se me pierda, Señor, que es uno de los que Tú me has confiado!”.

Y el Señor escuchó mi súplica desde la angustia, y me sugirió la salida hacia la paz, hacia la luz: no predicarle de pecados, de infierno... sino abrirle el camino del amor mediante el recuerdo de aquella que siempre ofrece amor: la madre, la madre de él, la Madre de todos. Y le hablé así: “Estoy seguro de que tu madre, cuando eras pequeño, te enseñaba a rezar a la Virgen María, que es nuestra Madre del cielo, Madre de todos...”.

El hombre, mirándome sin aquella hosquedad del principio, me respondió: “Sí, ella me enseñó a rezar a la Virgen Santísima”. Al instante pensé: “¡Estás salvado!”. Entonces añadí: “Aquí nadie nos oye... Vamos a rezar los dos, como rezabas con tu madre... ¿Quieres?”. Afirmó con la cabeza. Así recé el Avemaría, sin soltarle la mano. Al llegar a las últimas palabras se la oprimí algo más fuerte y las repetí tres veces: “Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.... ahora y en la hora de nuestra muerte.... ahora y en la hora de nuestra muerte...”. Cuando acabé, se me quedó mirando y en sus ojos sorprendí el brillo de una lágrima.

Inmediatamente, y sin ninguna respuesta hablada, cruzó los brazos y se puso de rodillas. Comprendí que estaba arrepentido y le ayudé a hacer una buena confesión. Después recibí sus encargos, especialmente el de escribir una carta a su esposa contándole todo y consolándola». (Testimonio del P. José-Julio Martínez. S.J.)

San Ireneo nació entre los años 135 y 140, en Esmirna (hoy Izmir, en Turquía), donde en su juventud fue alumno del obispo san Policarpo, quien a su vez fue discípulo del apóstol san Juan. No sabemos cuándo se trasladó de Asia Menor a la Galia, pero el viaje debió de coincidir con los primeros pasos de la comunidad cristiana de Lyon: allí, en el año 177, encontramos a san Ireneo en el colegio de los presbíteros. Al poco tiempo, fue nombrado obispo de Lyon. El nuevo pastor se dedicó totalmente al ministerio episcopal, que se concluyó hacia el año 202-203 con el martirio.

Escribió varias obras para defensa de la fe católica contra los herejes de su tiempo. Dos obras nos quedan de él: los cinco libros «Contra las herejías» y «La exposición de la predicación apostólica», se puede considerar como el más antiguo «catecismo de la doctrina cristiana». San Ireneo es el campeón de la lucha contra las herejías.

A esta personalidad tan eminente se le otorgó el título de «primer teólogo mariano», a causa de la riqueza de elementos mariológicos que suministra en sus escritos: maternidad divina de María, virginidad perpetua, corredentora, maternidad espiritual e intercesora. El Concilio Vaticano II, en el documento *Lumen Gentium*, en el c. VIII que trata de la Santísima Virgen, cita dos testimonios marianos de nuestro Santo, donde aparece María como cooperadora a la salvación de los hombres por su fe y obediencia. Leámoslos:

El paralelismo Eva-María. – «La Virgen María se presenta en acto de obediencia al decir: *He aquí la esclava del Señor: hágase en Mí según tu palabra.*

Eva, empero, en acto de desobediencia; pues no obedeció cuando era virgen... Hecha desobediente, vino a hacerse lo mismo para sí

que para todo el género humano, *causa de muerte.*

Así también María, mediante la obediencia, *fue causa de salvación* propia y del género humano entero». (*Adv. haer.* III,22,4; PG, VII,959).

Y de esta, suerte «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María: lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe».

«Porque así como ella —la virgen Eva— fue seducida mediante la palabra del ángel —malo—, para escapar de Dios, prevaricando de su Verbo; así también Esta —la Virgen María—, fue evangelizada mediante la palabra del ángel —bueno—, para llegar a Dios, obedeciendo a su Verbo. La primera se había mostrado desobediente a Dios; la otra, por el contrario, dócil a la divina Sabiduría, le obedeció tan perfectamente que la Virgen María pudo convertirse en abogada de la virgen Eva. Así, de la misma manera, que el género humano había sido entregado a la muerte por una virgen, así ahora *por una Virgen ha sido salvado*; compensando la obediencia de una Virgen la desobediencia de otra». (*Ib*, 1, V, 19, 375).

María, la toda pura. «La conformidad tan completa de la *toda pura María* a la voluntad de Dios desató el nudo del pecado introducido por Eva». (*Iren.* I,3, c. 22).

Es como un atisbo de la concepción Inmaculada de María ya en el siglo segundo.

María, Madre de Dios. El Nuevo Testamento —*Mt* 1,20-23— nos revela dos cosas: «Que el Hijo de Dios nació de una virgen y que Él es Cristo, el Salvador, el que habían anunciado los profetas; y no, como dicen algunos, que Jesús es el que nació de María, mientras que Cristo es el que descendió del cielo». (*Hervey*, II,83).

Y en el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo señala en la profecía de Isaías, VII, 14: «Que su nacimiento será de una virgen y de su esencia, que será Dios». (*Ib*, 116).

San Ireneo emplea en su razonamiento varias frases que indican claramente la maternidad divina. Nuestro Señor que es «el Verbo del Padre y el Hijo de Dios: siendo el Verbo como es, nació por María; se anunció a María la nueva de que haría nacer a Dios». (*Ib*, 104).

María, Virgen y Madre. Comentando el texto de Isaías, 7,14: «una virgen concebirá sin concurso de varón», insiste san Ireneo —hacia el año 177— en que «el nacimiento de una virgen» es una creencia que «ha recibido la Iglesia universal de los Apóstoles y sus discípulos», a semejanza de otras verdades de fe. (PG, VII, passim).

Maternidad espiritual de María. «Y los que le proclamaron Emmanuel, nacido de la Virgen, demostraron la unión del Verbo de Dios a su obra, porque el Verbo se hará carne, y el Hijo de Dios se hará hijo del hombre; el ser puro que abrirá con toda pureza *el puro seno que regenera a los hombres en Dios*, el cual seno Él hizo puro, y se hizo Él semejante a nosotros». (PG, VII, 1180).

Según el teólogo mariano, el seno virginal de María *regenera* a los hombres en Dios: renacemos en Cristo. María, pues, por su maternidad divina, queda hecha Madre espiritual de los hombres: es Madre nuestra mediante la encarnación y desde ese mismísimo feliz instante.

María, principio de todo bien. El Santo obispo de Lyon se pregunta: ¿Por qué sin el consentimiento de María no se realizó el misterio de la Encarnación? Y responde él mismo: «Porque Dios quiso que Ella fuera el principio de todo bien». (*Adv. haer.*, I, 111, 33).

LLAMADA A VIVIR EL QUINTO MANDAMIENTO:

No matarás



Con este mandamiento Dios nos prohíbe cualquier atentado contra la vida humana. Decidir el término de ésta es un derecho que Dios reservó solamente para sí. Por eso, no nos es lícito aniquilar vida humana alguna, aunque esté todavía en germen, como sucede con el aborto. Ni siquiera está permitido privar de la vida a alguien con el fin de evitarle el sufrimiento, como lastimosamente se promueve hoy en día por medio de la eutanasia o el suicidio asistido. Quienes participan en estas prácticas pecan gravemente contra Dios y atentan contra la dignidad humana.

Esta prohibición que Dios hace a la humanidad de no matar es puesta a nuestra consideración en varias partes de la Sagrada Escritura. La historia de Caín y Abel es un ejemplo claro.

Lo primero que contemplamos en este pasaje es cómo Dios reprueba la conducta de Caín y le pide cuentas de la sangre de su hermano: **«Yahveh dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel?... ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar**

a mí desde el suelo. Pues bien: maldito seas, lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano» (Gn. 4, 9-11). Sin embargo, Dios es tan celoso de este derecho de la vida que le pertenece a Él solo, que ni siquiera permite que otro pueda tomar venganza

matando al mismo Caín. Dios se reserva para sí el enviar la muerte a cada uno cuándo y cómo le parezca.

Este proceder de Dios es obra de su infinita misericordia que quiere dar al pecador tiempo de que se arrepienta y se salve. Si Caín, en vez de desesperarse con el miedo de poder ser muerto por alguien, hubiese reconocido su pecado y pedido humildemente perdón al Señor, con certeza lo



habría obtenido. Pero, en vez de ese acto de humildad y confianza en la bondad de Dios ¡se desespera! Caín recelaba de que alguien, conociendo su crimen, quisiese vengarse tratándolo del mismo modo.

Pero Dios prohíbe también el homicidio por ajuste de cuentas. La venganza es un pecado de rebelión promovido por el orgullo exaltado. No podemos, pues, vengarnos de nuestro prójimo ni castigar a los delincuentes con espíritu de venganza. En los casos en que la autoridad se ve forzada a castigar el crimen para mantener el orden, el castigo debe ir siempre acompañado por el espíritu de caridad para con el bien común y para con el culpable, de modo que éste tenga ocasión de arrepentirse y pueda salvar su alma.

En la reprensión que Dios hace a Caín hay una advertencia que nos hace reflexionar. El Señor dice a Caín: **«¿Por qué estás enfurecido y por qué andas cabizbajo? ¿No es verdad que, si obraras bien, andarías erguido, mientras que, si no obras bien, estará el pecado a la puerta? Cesa, que él siente apego a ti, y tú debes dominarlo a él.»** Todos nosotros debemos conocer cuál es la tentación que con más frecuencia nos asalta, pretendiendo arrastrarnos por el camino del mal; en otras palabras, cuál es la pasión dominante. Debemos no permitir que sea él quien nos esclavice.

Pero no sólo el homicidio directo atenta contra el quinto mandamiento. Ordinariamente no se tienen en cuenta ciertos géneros de muerte lenta que

son infligidos al prójimo, y, sin embargo, claman al cielo como la sangre del justo Abel: La injusticia con que muchas veces se sacrifica el prójimo, la calumnia con la cual se le roba la fama, la dignidad personal y el respeto que le es debido, el abuso con que es despojado de los propios derechos y tantas otras cosas por el estilo, con las cuales el prójimo es martirizado y se le causa lentamente la muerte.

Por otro lado, si la vida del prójimo no nos pertenece, tampoco nos pertenece la propia. Nuestra vida es de Dios y, por eso, tampoco es lícito darnos muerte por medio del suicidio. El mandamiento es absoluto: **«No matarás»**.

Consideremos que una de las promesas de Nuestra Señora en Fátima era el fin de la guerra. Todos sabemos que en la guerra mueren muchas personas y se cometen graves injusticias. Es algo que hiere mucho a Dios.

También en nuestro tiempo, en el que nos encontramos bajo la amenaza de una guerra mundial, y en el que vemos que reina lo que San Juan Pablo II denominó: «La cultura de la muerte» con ideologías contrarias a la ley de Dios y a la dignidad humana, la invitación de la Virgen es nuestra tabla de salvación: Rezar el Santo Rosario para obtener la paz del mundo y el triunfo definitivo del Inmaculado Corazón de María sobre la humanidad y sobre cada alma, de manera que prevalezca la “cultura de la vida” que es la que Dios quiere y los hombres reconocemos que el único Dueño y Señor de la vida es Él.



“YO MAÑANA

VOY A

Cova da Iría...

¡ESTO ES LO QUE QUIERE

Nuestra Señora!

«Como Lucía, también Francisco y Jacinta estaban dispuestos a sacrificar las fiestas de San Antonio para volver a ver, una vez más, a aquella linda Señora, más brillante que el Sol.

Los niños estaban felices por la gran alegría de la próxima Aparición. Algunas personas dudaban que la Virgen viniera otra vez y con aspereza, rabia e incluso, violencia, querían hacerles que todo era una vil mentira y que esa famosa Señora no aparecería. Pero, los tres videntes mantuvieron invicto su primer ¡Sí! y con firmeza respondían:

¡Nuestra Señora dijo que se aparecería, por eso, con toda certeza se aparecerá! — ¿Y no van entonces a la fiesta de San Antonio?

No vamos. Aquella Señora es mucho más, pero mucho más bonita.

En esta segunda Aparición, para compensar a los niños de tanta incredulidad y consolarlos, la Providencia dispuso que Dña. María dos Santos Carreira, bien conocida como, María “de la Capelinha”, con fe segura, ella creyó siempre en las Apariciones, se arrodillara creyente y devota en el lugar bendito. Ella nunca vio nada. Nunca obtuvo el milagro tan deseado de la curación de Juanito, pero SIEMPRE amó y creyó en Nuestra Señora. ¿Lo hacemos así nosotros?

Pidámosle a los niños y a María de la Capelinha una fe firme y una confianza inquebrantable en Nuestra Señora».

(Extractos de *Era una Señora más brillante que el sol*, de Joao De Marchi)



La Esperanza de María

La Esperanza es una virtud teologal. Teologal quiere decir que “dispone a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad y tiene como origen, motivo y objeto a Dios conocido por la fe, esperado y amado por Él mismo” (CEC 1840).

El Catecismo de la Iglesia Católica dice:

1817. La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. *“Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa”* (Hb 10, 23). Este es *“el Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna”* (Tt 3, 6-7).

1818. La virtud de la esperanza corresponde al anhelo

de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

La esperanza es muy necesaria para nosotros. Como sin Fe no es posible agradar a Dios, tampoco es posible sin la esperanza.

Como fruto de la vida de Fe, la esperanza brota espontáneamente en el corazón. Si aquella nos llevaba a conocer bien el valor de las cosas de la tierra y del cielo, ésta nos lleva a despreciar las primeras y a

desear y confiar en la posesión de las segundas.

Es virtud dulcísima y completamente necesaria para la vida espiritual. Muchos santos afirman que la desconfianza es lo que más desagrada a Nuestro Señor, que tanto nos ama.

San Pedro caminaba tranquilamente sobre las aguas sin hundirse, confiado en Jesús..., pero apenas comienza a desconfiar, comienza a la vez a sumergirse.

La esperanza y confianza en Dios, establece en nosotros relaciones necesarias y obligatorias para con Él...; debemos creer que Dios es remunerador, esto es, que dará según su justicia a cada uno lo que merece, y, por eso, con la esperanza, esperemos y confiemos en que Dios nos salvará...,

que nos dará gracia suficiente para ello... y, en fin, nos concederá cuanto le pidamos si así conviene.

La esperanza, por tanto, es un verdadero acto de adoración, por el que reconocemos el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas: Su Providencia que todo lo rige fuerte y amorosamente...; la bondad y misericordia de Dios, que no desea más que nuestro bien. —Prácticamente viene a confundirse con aquella vida de Fe que se confía y abandona ciegamente en las manos de Dios.

Recordemos cómo agradaba al Señor esta Fe, y a la vez esta esperanza y confianza en Él, en los milagros que obró durante su vida... Parece que la exigía como una condición necesaria, y acomodaba la magnitud del milagro a la magnitud esta confianza. Es el caso del centurión, cuando dice: «Señor, no soy digno de que vayas a mi casa..., ni es eso necesario...; di, desde aquí, una palabra y ya basta». O la mujer enferma, que esperaba obtener su curación con solo tocar su manto, etc. Y así en todos los casos. Dios se acomoda a la confianza que en Él tienen para obrar conforme a ella.

La Esperanza de María

Ahora veamos la esperanza perfectísima de nuestra Madre, tan confiada, tan firme, tan segura y cierta.

En primer lugar, en la expectación del Nacimiento de Jesús después de su milagrosa Concepción. La vida de María —antes de la Encarnación— era de dulcísima esperanza llena de vivísimos deseos de ver al Mesías prometido... En Ella se resumió, acrecentada, toda la esperanza de los Patriarcas y Santos del Antiguo Testamento. Veía que estaba ya en sazón la ‘plenitud de los tiempos’ profetizada. Su Fe no dudaba. Si también la esperanza sostenía la vida del anciano Simeón, ¿cuál no sería la esperanza de María?

En segundo lugar, aparece más clara y admirable la confianza de María durante la Pasión y muerte de su Hijo, y en la certeza que Ella tenía de su gloriosa Resurrección. Los Evangelistas narran con detalle la Resurrección de Cristo y sus principales apariciones. Sin embargo, no dicen nada de la Santísima Virgen, y siendo así que, como dice San Ignacio, es de sentido común que a su Madre querida se apareció en primer lugar. Las piadosas mujeres fueron

tan de mañana al sepulcro a ungir el cuerpo de Jesús, pero no mencionan a la Santísima Virgen. Ella no se movería de su casa. ¿Cómo explicar todo esto? Sencillamente por la falta de fe y de esperanza en los demás, y la abundancia de esta virtud en Ella.

Nuestra esperanza

Miremos a María y aprendamos de ella. Examinemos nuestra confianza en Dios. ¿Es así de sencilla..., segura..., humilde..., verdadera? Y eso tanto en las dificultades como en los momentos de bonanza. ¿O es el tedio, la tristeza, la desganancia..., en fin, la desconfianza la que domina entonces? Levantemos los ojos, miremos siempre a Jesús y a María, que no nos abandona en las pruebas. Cumplamos confiadamente con nuestro deber, que tendrá gran recompensa en el Cielo.

«La vida de Santa María es heroica y la fuerza que sostiene a Santa María en estado heroico es la Esperanza que vive en su Fe. Santa María está convencida de Dios... Por eso Santa María es esperanza firme de Dios, afirmación de gozosa esperanza sin asomo de duda o vacilación». (Padre Rodrigo Molina)

“REFUGIARSE EN MARÍA ES LA MEJOR ESPERANZA, YA QUE ELLA TIENE JUNTO A DIOS EL PRIMER LUGAR PARA PEDIR ENTRE TODOS LOS SENADORES DE LA CURIA CELESTIAL”. (SAN PEDRO DAMIÁN)

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados...»

«**V**enid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 28)

Este es el único pasaje del Evangelio en que se menciona expresamente el Corazón de Jesús que se sabe poseedor de lo único necesario para dar remedio a las miserias humanas. Nos invita a todos, hombres fatigados, hastiados y oprimidos por los trabajos morales y físicos de esta vida, a que con fe y amor recibamos sus enseñanzas, en las que encontraremos la paz del alma y con ella el alivio y consuelo para todas las penalidades. Entre la invitación del Maestro «*Venid a Mí todos*» y su ofrecimiento «*os daré*», se intercala la razón pedagógica o aliciente que inclina a aceptar: «*porque mi yugo es llevadero*».

La imagen del yugo evoca la idea de sujeción y régimen de obediencia. Llevar el yugo de Cristo no es llevar una pesada cruz, tampoco es quedar exento de cargas y males, sino aceptar de grado su dirección y enseñanza, someterse a sus mandamientos, convertirse en discípulo suyo obediente y fiel.

¿En qué consiste este «yugo», que en lugar de pesar aligera, y en lugar

de aplastar alivia? El yugo que impone la ley de Cristo, en comparación con el yugo de la ley antigua, es la nueva ley evangélica que no está fundada en el temor como la antigua, sino en el amor, y por los sacrificios que exige va por delante con su ejemplo el mismo Cristo.

La suavidad que Jesús ofrece al cargar con su yugo es interna, y el reposo es fortaleza. Dice San Juan que los mandamientos de Cristo no son pesados (1 Jn 4, 3) y San Pablo llama leve su tribulación (2 Co 5, 17) aun siendo ella superior a sus fuerzas, abrumadora y mortal.

El yugo es Ley o Voluntad del Padre escrita en el corazón cristiano sobrenaturalizado por la caridad de Dios de que lo ha impregnado el Espíritu Santo. En la caridad divina, puede el atleta de Dios gozarse en su ya fácil victoria de superioridad a toda fatiga, a toda carga. Dice Santo Tomás que las contrariedades no son pesadas porque van sazonadas por el condimento del amor; de donde resulta que el amor hace leve todo lo que es pesado.

La nueva Ley no agobia. Jesús dará infalible y generosamente a todos los cristianos el sosiego y la paz en los padecimientos sufridos con fe y valor: fruto dichoso y consolador de la fiel adhesión a su persona y a su doctrina.

La promesa de Jesús exige una condición: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*».

Jesús se ofrece a sí mismo por maestro manso y humilde. Siempre se acepta de buena voluntad la dirección de un formador cuya conducta y enseñanzas resplandecen. Jesús es el Maestro al cual se puede ir sin miedo puesto que es manso y no se irrita al vernos tan torpes.

Los dos títulos que presenta Cristo para proclamarse maestro al que todos los hombres deben acudir son: porque Él no es duro ni severo en sus exigencias doctrinales, sino más bien lleno de dulzura y bondad y, en segundo lugar, porque sus doctrinas son las únicas capaces de traer al alma la verdadera felicidad. Es una invitación a cambiar de yugo, a dejar el pesado y agobiador de los sabios y prudentes y aceptar el de quien es suave y cordialmente humilde. Un llamamiento a recibir el Evangelio, abrazar su ley y adherirse vitalmente a una Persona: Jesús.

Lo que más oprime el corazón del hombre es el pecado. Para librarlo de este peso Jesús lo tomará sobre sí, lo llevará a la cruz y lo destruirá con su muerte. Por eso no se cansa de ir en busca de hijos pródigos para devolver al amor del Padre. Como única condición exige creer en Él y sustituir el peso oprimente del pecado por el ligero y liviano de su ley.

El corazón de Cristo es fuente inagotable de consuelo, salvación y escuela de santidad. Este es el verdadero remedio para las heridas de la humanidad —sean materiales, como el hambre y las injusticias, sean psicológicas y morales, causadas por un falso bienestar— es una regla de vida basada en el amor fraterno, que tiene su manantial en el amor de Dios.

Por esto es necesario abandonar el camino de la arrogancia, es necesario renunciar al estilo agresivo dominante y adoptar una razonable «mansedumbre». Y sobre todo en las relaciones humanas: interpersonales y sociales, el respeto y la no violencia, es decir, la fuerza de la verdad contra todo abuso,

es lo que puede asegurar un futuro digno del hombre.

La paradoja de que en la sumisión a un yugo y bajo una carga se pueda encontrar reposo, es una realidad anticipada y ya presente de los dones futuros del cielo.

Para las multitudes extenuadas de hoy en los países pobres, probadas por la indigencia y en los países ricos, insatisfechos, enfermos o deprimidos, todos desprovistos de válidos puntos de referencia para encontrar un sentido y una meta a la existencia, la mirada de Cristo se posa sobre cada uno de estos hijos del Padre que está en los cielos, y repite: «*Venid a mí todos...*». Estas palabras de Jesús tienen el mismo timbre de exacta elevación espiritual que el Magníficat de María. Que Ella nos ayude a «*aprender*» de Jesús la humildad verdadera, a tomar con decisión su yugo ligero, como Ella supo hacerlo, para experimentar la paz interior y ser, a su vez, capaces de consolar a otros hermanos que recorren con fatiga el camino de la vida.



La gloria de la Trinidad en el hombre vivo

En el año jubilar, en la catequesis del 7 de junio del año 2000, San Juan Pablo II hacía referencia a la gloria de la Trinidad en nosotros. De la mano del Papa Santo, vamos a reflexionar en un nuevo aspecto de nuestra participación en la vida trinitaria.

“Dios tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre” (Jb 12, 10). Esta sugestiva declaración de Job revela el vínculo radical que une a los seres humanos con “el Señor que ama la vida” (Sb 11, 26). La criatura racional lleva inscrita en su ser una íntima relación con el Creador, un vínculo profundo, constituido ante todo por el don de la vida. Don que es concedido por la Trinidad misma e implica dos dimensiones principales, como trataremos ahora de ilustrar a la luz de la palabra de Dios.

La primera dimensión fundamental de la vida que se nos concede es la *física e histórica*. (...) El Padre entra en escena como fuente de este don en los mismos inicios de la creación, cuando proclama solemnemente: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza (...). Creó Dios al ser humano a imagen suya; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó” (Gn 1, 26-27). Con el *Catecismo de la Iglesia católica* podemos sacar esta consecuencia: “La imagen divina está presente en todo hombre. Resplandece en la comunión de las personas, a semejanza de la unión de las personas divinas entre sí” (n. 1702). En la misma comunión de amor y en la capacidad generadora de las

parejas humanas brilla un reflejo del Creador. El hombre y la mujer en el matrimonio prosiguen la obra creadora de Dios, participan en su paternidad suprema, en el misterio que san Pablo nos invita a contemplar cuando exclama: “Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por todos y está presente en todos” (Ef 4, 6).

La presencia eficaz de Dios, al que el cristiano invoca como *Padre*, se manifiesta ya en los inicios de la vida de todo hombre, y se extiende luego sobre todos sus días. Lo atestigua una estrofa muy hermosa del Salmo 139: “Tú has creado mis entrañas; me has tejido en el seno materno. (...) Conocías hasta el fondo de mi alma, no desconocías mis huesos. Cuando, en lo oculto, me iba formando y entretejiendo en lo profundo de la tierra. Mi embrión tus ojos lo veían; en tu libro estaban inscritos todos mis días, antes que llegase el primero” (Sal 139, 13. 15-16).

En el momento en que llegamos a la existencia, además del Padre, también está presente el Hijo, que asumió nuestra misma carne (cf. *Jn* 1, 14) hasta el punto de que pudo ser tocado por nuestras manos, ser escuchado con nuestros oídos, ser visto y contemplado por nuestros ojos (cf. *1 Jn* 1, 1).

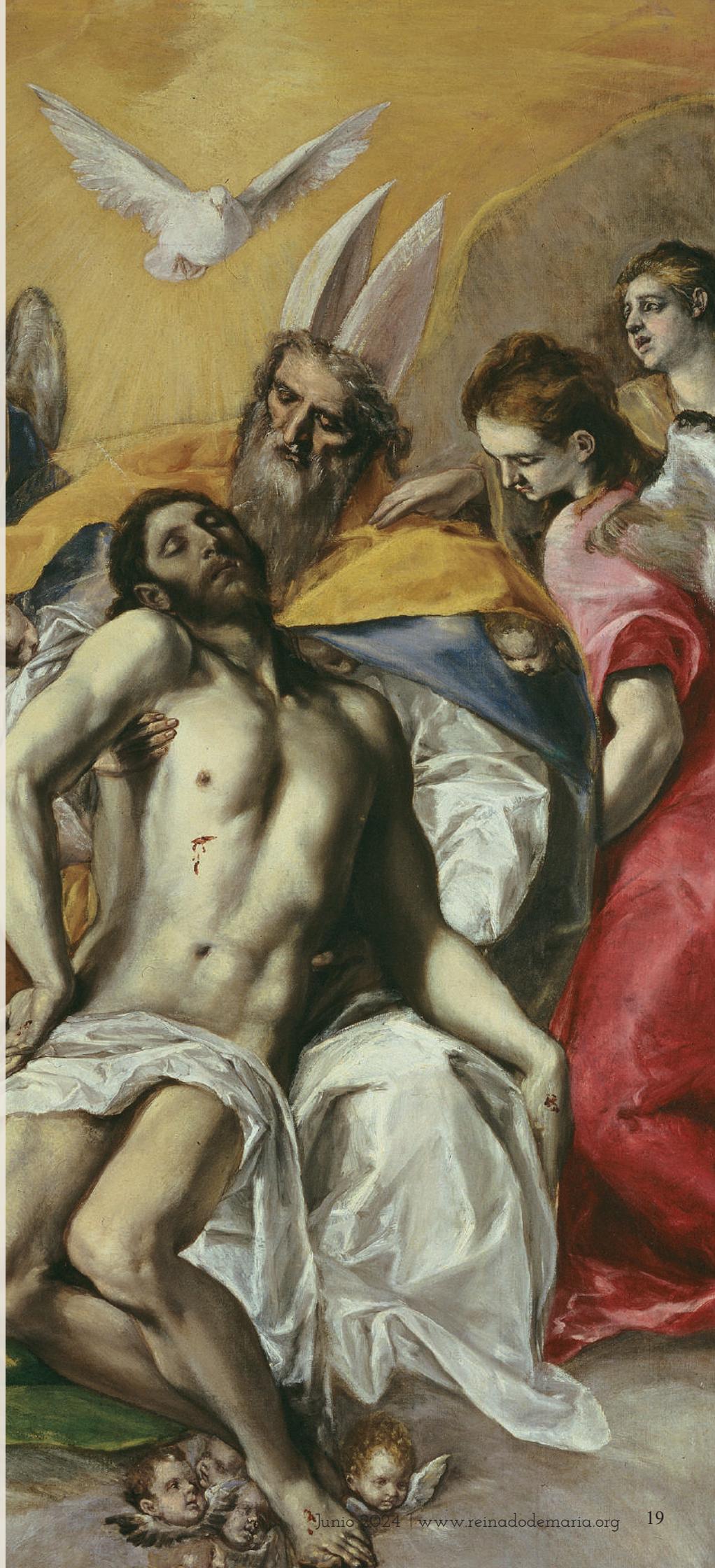
En efecto, san Pablo nos recuerda que “no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos nosotros; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual existimos nosotros” (*1 Co* 8, 6). Asimismo, toda criatura viva está encomendada también al soplo del *Espíritu* de Dios, como canta el Salmista: “Envías tu Espíritu y los creas” (*Sal* 104, 30). A la luz del Nuevo Testamento es posible leer en estas palabras un anuncio de la tercera Persona de la santísima Trinidad. Así pues, en el origen de nuestra vida se halla una intervención trinitaria de amor y bendición.

Como he insinuado, existe otra dimensión en la vida que Dios da a la criatura humana. La podemos expresar mediante tres categorías teológicas neotestamentarias. Ante todo, tenemos la “vida eterna”, celebrada por san Juan (cf. *Jn* 3, 15-16; 17, 2-3) y que se debe entender como participación en la “vida divina”. Luego, está la paulina “nueva criatura” (cf. *2 Co* 5, 17; *Ga* 6, 15), producida por el Espíritu, que irrumpe en la criatura humana transfigurándola y comunicándole una “vida nueva” (cf. *Rm* 6, 4; *Col* 3, 9-10; *Ef* 4, 22-24). Es la vida pascual: “Del mismo modo que en Adán

mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1 Co 15, 22). Y tenemos, por último, la vida de los hijos de Dios, (cf. Rm 8, 15; Ga 4, 5), que expresa nuestra comunión de amor con el Padre, siguiendo a Cristo, con la fuerza del Espíritu Santo: “La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero” (Ga 4, 6-7).

Esta vida trascendente, infundida en nosotros por gracia, nos abre al futuro, más allá del límite de nuestra caducidad propia de criaturas. Es lo que san Pablo afirma en la carta a los Romanos, recordando una vez más que la Trinidad es fuente de esta vida pascual: “Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos (es decir, el Padre) habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros” (Rm 8, 11).

“Por tanto, la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la vida de los hijos de Dios. Un nuevo estupor y una gratitud sin límites se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo (...) (cf. 1 Jn 3, 1-2). Así alcanza su culmen la verdad cristiana sobre la vida. Su dignidad no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor. A la luz de esta verdad, san Ireneo precisa y completa su exaltación del hombre: “el hombre que vive” es “gloria de Dios”, pero “la vida del hombre consiste en la visión de Dios” (cf. San Ireneo, *Adversus haereses* IV, 20, 7)” (*Evangelium vitae*, 38)».



“Santa María es modelo de toda vocación. En Ella vamos a descubrir todos los querer de Dios sobre nosotros”. (M. M^a Teresa De Simone)



El 13 de mayo los miembros del Reinado de María nos hemos unido para celebrar a Nuestra Señora la Virgen del Rosario de Fátima. 01-03) Tacarigua (Venezuela). 04-06) La Floresta (Venezuela). 07) Lomas de Zamora (Argentina). 08-09) La Alameda (Chile). 10-11) Cali (Colombia) 12-13) Bogotá (Colombia).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros
info@reinadodemaria.org |  
www.reinadodemaria.org

